



La palabra es un arma cargada de futuro



ME LLAMO RIGOBERTA MENCHU Y ASI ME NACIO LA CONCIENCIA. Elizabeth Burgos. Argos Vergara, Barcelona. 1983. 292 págs.

"Nuestros antepasados lloran, gritan, de ver toda esta situación."
R. Menchú

La etnóloga Elizabeth Burgos organiza y presenta la autobiografía de Rigoberta Menchú, india guatemalteca de la aldea de Chimel en el departamento de El Quiché. El libro ofrece un discurso testimonial que no sólo abarca la denuncia de atrocidades sino que además documenta la vida de un pueblo, sus costumbres, su concepción religiosa, su organización social. Rigoberta Menchú aprendió el español en tres años para poder contar al mundo la situación de injusticia y abuso de la fuerza a que fue sometida su comunidad, cómo fueron torturados su hermano y su madre, y de qué manera murió su padre cuando ocupó, con otros campesinos, la Embajada de España en Guatemala en 1980.

Este testimonio que parte de vivencias individuales se va convirtiendo en la muestra de una situación colectiva que involucra tanto a su etnia como a las otras, que se remite al pasado para

formular acusaciones concretas, y que de lo particular va a lo general como forma de dar lo esencial. Ella denuncia la explotación que sufre el indígena guatemalteco, que se extiende a todos los indígenas, pero además denuncia la explotación en sí, la situación marginal del pobre, sea indio, ladino o blanco.

La preocupación del libro radica, especialmente, en dar una visión lúcida del proceso que se opera en la conciencia de la comunidad a partir de una situación crítica, de cómo esa comunidad elabora los medios de defensa, y enfoca diversos aspectos de una ideología que va creciendo en Rigoberta como un modo de fidelidad a los principios de sus antepasados, y como un esclarecido aprendizaje a través del dolor. Lúcidos son también los planteos relativos al peligro de caer en generalizaciones en lo atinente a los enemigos, a la religión y a las ideologías.

El texto va registrando las distintas situaciones de los discriminados, desde antes de nacer, durante su niñez y en su adultez temprana; habla de las tareas de una familia como ejemplo de las de la aldea, presentadas como arquetípicas para dar idea de lo usual; informa de las costumbres y los rituales, pero más que nada va instalando un orden creciente de malestar y cólera en el muestreo de las diversas formas de violencia que van desde las miserias cotidianas hasta la violencia concreta e inadmisibles que se ejerce sobre el cuerpo, la tortura física que es también agresión brutal sobre la mente y la integridad del individuo.

La muerte de su hermano es un hecho individual que responde por los innumerables asesinatos anónimos, y el relato de sus sufrimientos una acción simbólica y ejemplar que va mucho más allá del detalle de una tortura: "Fue en 1979, me recuerdo que cayó mi hermanito, la primera persona torturada en mi familia. Tenía dieciséis años (...). Desde el primer momento le amarraron las manos atrás, lo empezaron a empujar a puños culatazos. Caía mi hermano, no podía defender la cara (...). Lo llevaron por los montes donde había piedras, troncos de árboles. Caminé como dos kilómetros a puños culatazos, a puños golpes (...). Toda la cara la tenía desfigurada por los golpes,

Cualquiercosario

"Calígula debe morir"

"El 24 de enero de año 41 de nuestra era, los tribunos de la cohorte pretoriana Casio Quereas y Cornelio Sabino, en la galería subterránea que conducía al foro de Roma, mataron a Clígula (Cayo Julio César Germánico) junto a su hija Drusila de dos años y a su cuarta esposa, Cesonia."

Así, escuetamente, podría referirse la noticia (que hoy día ya no es "noticia") de un magnicidio como hubo tantos en la fatigante historia de la humanidad. Alguno de los lectores recordará estos datos ya perdidos entre un farrago de inútiles informaciones recibidas en el lejano o próximo bachillerato, donde pasaron inadvertidos entre las fórmulas de los hidratos de carbono y varios principios euclidianos. Otro, más antiguo que muchacho, se acordará del drama Calígula de Albert Camus, que escandalizó el teatro europeo por los años cincuenta.

Para nosotros, los delirantes que todavía practicamos la costumbre de respirar, la muerte de Calígula, como la de Lincoln, la de Robespierre o el presidente Balmaceda, la de Benito Mussolini o Marilyn Monroe, son "suspensiones" extrínsecas de la vida, que sirven para ilustrar esa filosofía común que le asignamos a los jubilados y podría sintetizarse así: "No somos nada". Luego, con esta reflexión nos desprendemos sutilmente de lo obsesivo-trágico, porque el juego diario de las pulsiones enseguida nos conducirá a otra cosa, para que una vez más se cumpla aquel aforismo español: "el muerto al hoyo y el vivo al bollo". Así, quedamos en paz.

Sin embargo, la muerte de Calígula todavía nos puede servir para estos "escritos de ocasión" (tracts for the time) que intentan recuperar el horaciano "deleita y enseña" que, a mi criterio, el "ensayismo" nunca debió perder. Es cierto, Calígula, junto a algunos selectos crápulas de la historia, posee el privilegio de ser el más malo entre los malos, junto a tres o cuatro personajes de cuyos nombres no quiero acordarme. Pero "en toda época se cuecen habas", y hoy más que nunca el mundo es una enorme cacerola de habas (que misteriosamente se parecen a los hongos atómicos) y se proponen como el plato único de un vulgar restaurante de barrio que, a veces, termina en diarrea. Y esa sería la final para

la raza humana, conocida desde hace siglos con el nombre de ectopirosis apocalíptica.

La cupio dissolvi medieval, o sea el "deseo de destruirse y desaparecer", parecería ser la programación cotidiana de tantos Calígulas que andan sueltos por el mundo y lujuriosamente dueños del poder. A veces los empuja un mesianismo delirante que les confunde sus frustraciones personales con la representación de los deseos colectivos. Otras veces es tan sólo un disimulado intento de hacer absurdo el mundo, cuando en puridad de verdad son ellos lo único absurdo del muestrario.

Me imagino que en este momento alguno se preguntará: "¿fue tan malo Calígula?", y al mismo tiempo recordará aquel exótico libro de Robert Audrey: Les enfants de Caïn, defensor de los impulsos agresivos que, según él, son los que han permitido el desarrollo triunfal de la humanidad. ¡Dios lo perdone!

También acudirá a otros argumentos; por ejemplo, dirá que la literatura (esa gran perversidora, según Ernest Hello) se regodeó en calumniarlo, a un Calígula "incomprendido" por sus contemporáneos y por sus historiadores, que tuvieron el enfoque común de ser sus enemigos. Recordará asimismo ciertas frases misteriosas que se deslizan por el Deutsches Requiem de Jorge Luis Borges y la gracia mordaz de tantos apólogos de Marco Denevi. Pero todo es inútilmente relativo cuando un observador acostumbrado a desprenderse de los ideales éticos de la colectividad que lo rodea, nos dice que Calígula fue malo en la intimidad de sus palacios, pero afuera, el río de la vida, esa pequeña y tenaz vida cotidiana corría con su apetecible normalidad y ni se enteraba de sus conductas sádicas. Allí se esconde la gran trampa que al hombre contemporáneo lo desorienta hasta el fracaso de sus más nobles impulsos; porque, hoy día, ¿cuántos poderosos actuales podrían resistir esta confrontación entre lo que hacen en la intimidad de sus palacios y las decisiones terroríficas que toman en nombre del destino absoluto de la humanidad?

Jorge Medina Vidal

de las piedras, de los troncos, de los árboles, mi hermano estaba todo deshecho, su ropa se había roto por todas las caídas (...). Cuando llegó al campamento apenas caminaba, ya no podía caminar. Y la cara, ya no veía, en los ojos, habían entrado hasta piedras, en los ojos de mi hermanito."

Este párrafo es una muestra pálida de lo que vendrá, porque de aquí a la quema de los torturados aún vivos, hay una gama insostenible de circunstancias que pasa por todas las humillaciones posibles. Frente a esto, y ya desde antes, Rigoberta establece una conducta de lucha que tiene como base una misión evangélica apoyada en la acción. Teoría y práctica se complementan, entonces, a través de los actos cotidianos como una reiteración de la voluntad que impulsa un cambio radical, iniciado a partir de la palabra para desembarcar en un enfrentamiento armado. El silencio otorga sobreentendidos que esclavizan; la palabra, en cambio, funciona como conjura, como arma removedora

a la que luego enriquecerán los actos.

Este documento doloroso exige un cambio que parta de lo profundo del individuo, que conjuge la teoría y la práctica, que despierte la conciencia del hombre a través de la experiencia individual y colectiva; se trata de no dejar resquicio, fisura, lugar sin atender, sin mejorar, sin evaluar. Se recurre a la vida misma como generadora de conciencia, al compromiso del hombre con los otros hombres y con todo ser vivo. Se trata, en definitiva, de un intento más para despertar lo esencial del ser humano, un llamado a la razón, al amor y al respeto. Se pide un cambio total, otra vida: "El mundo en que vivo es tan criminal, tan sanguinario, que de un momento a otro me la quita (la vida). Por eso, como única alternativa, lo que me queda es la lucha, la violencia justa, así lo he aprendido en la Biblia."

Miryan Pereyra

PARA LECTORES DE LA A A LA Z.

Sobre gustos, hay mucho escrito. Por eso, tenemos libros para todo tipo de lector. Y para todo tipo de bolsillo. Venga por Feria del Libro, un capítulo que ningún lector puede perderse. Feria del Libro. De 8.30 a 23 hs. En 18 y Yaguarón.

50 ANIVERSARIO feria del libro 18 DE JULIO 1308